

mos, quitándonos la vida, deseándonos la muerte; 2.^a que, siendo un particular miembro de la república, no puede, sin consentimiento de ésta, privarla de un miembro, privarla de un ciudadano; 3.^a que, siendo la vida un don de Dios, cada uno está obligado á conservarla con agradecimiento; y no puede privarse de ella sin dar muestras de una ingratitud monstruosa, y sin hacer grave injuria á Aquel, de quien ha recibido tan precioso don. Y en efecto, la Iglesia y el Estado tienen tanto horror á este crimen, que lo castigan aún en los mismos cadáveres. La Iglesia les rehusa sepultura eclesiástica, y no entienden de rogar por aquellos que voluntariamente se suicidan.

De este mismo cuarto principio se sigue también, que no es permitido el desafío; pero de éste ya hemos hablado en otro lugar. Por fin, del mismo principio se deduce, que son reos de homicidio y pecan gravísimamente, los que matan el feto humano ántes de su nacimiento. El aborto, ha sido considerado siempre, como uno de los mayores y más inexplicables delitos que se puedan cometer á la faz de Dios y de la sociedad. En este mundo, mandan de concierto la razón natural y las leyes divinas con la religión, que, ni aún cuando se presumiera peligro de muerte en la madre, al tiempo de dar á luz á la criatura que lleva en su seno, fuera motivo para cooperar al aborto, sea con remedios mortíferos, sea violentamente. Una madre está obligada, á preferir la vida espiritual del fruto de sus entrañas á su propia vida corporal. Y son reas de homicidio esas madres imprudentes y vanas, que, cuando se hallan en cinta, se entregan á ejercicios violentos, sea, haciendo esfuerzos excesivos de trabajo; sea, danzando y haciendo alarde de agilidad; sea, ajustándose sobradamente sus cuerpos. Son responsables ante Dios y los hombres de todas sus imprudencias, y responderán con sus propias almas de la pérdida de las de sus fetos.

Dijimos al principio de nuestro discurso, que no solo prohibía el Señor, por este mandamiento, el no matar, sino aún el deseo de matar. Y así peca mortalmente, cuando se desea uno á sí propio ó á otro la muerte, sea por desesperacion, sea por odio ó por cualquier otro motivo malo. Es cierto, que desear la muerte para no pecar, para no verse más expuesto á los ataques y tentaciones del demonio, del mundo y de la carne; ó por ver á Dios, ó por vivir en el cielo con Cristo, es un deseo santo; deseo que tienen todas las almas santas: David, S. Pablo, Sta. Teresa y otros grandes santos, tuvieron vivísimos deseos de morir, pero con santo objeto. Mas, desear la muerte por cólera, desesperacion ó impaciencia; por librarse de la pobreza, de la miseria ó de los dolores de una enfermedad; ó por penalidad del

corazon, por pruebas que se experimentan, ó por otros motivos semejantes, es un pecado, cuya gravedad es tanto mayor, cuanto que con más blasfemias ó imprecaciones se desea morir.

Amados hermanos míos, ya veis á cuanto se extiende el quinto mandamiento de la ley de Dios. Nuestro Señor Jesucristo nos prohíbe todo cuanto puede perjudicar á la ley de la caridad, de que este nuestro divino Maestro nos ha hecho un precepto particular, y al cual recompensa con la más venturosas promesas para toda la eternidad, que os deseo. Amen.

HONOR.

Omnia opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus.

Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres.

(MATT. XXIII, 5.)

Admiracion me ha causado muchas veces la particularidad, de que los hombres, que tienen en tanta estima sus propios juicios, se hagan tan dependientes de la opinion de los demás, y se dejen llevar de ella con tanta frecuencia contra su propio parecer. La tiranía del honor nos proporciona é impone esta servidumbre. El honor nos hace esclavos de los mismos por quienes deseamos ser honrados. Por esto nos vemos muchas veces en la precision de admitir sus opiniones; con lo cual se explica, que algunos grandes hombres, movidos de ese falso honor, y del deseo de evitar una censura, que no merecian, echaron á perder, por seguir el parecer de otro, negocios que habrian llevado á feliz término, si hubieran seguido su propio juicio. Ahora bien; si es peligroso dejarse llevar demasiado de las consideraciones del honor, aún en los negocios del mundo, ¿qué obstáculos no suscitará este mismo honor en el negocio de la salvacion? ¿y cuán necesario habrá de ser en este punto el acierto, en las medidas que se tomen? Por esto, al recordar el capítulo del Evangelio, en que Jesu-

cristo nos describe á los fariseos como miserables esclavos del honor del mundo, me he propuesto combatir hoy este defecto.

Nosotros consideramos interesado el honor en muchas obras vanas, en muchas malas, y, al propio tiempo, en muchas buenas. Hacemos consistir el honor en cosas vanas, en la pompa, en el vestido, en la apariéncia exterior. Le hacemos consistir en cosas malas, honrando no pocos vicios; aplaudiendo cierto falso valor, cierta supuesta liberalidad, que suele admirar el mundo. Finalmente, ciframos también el honor en cosas buenas; pero incurrimos en el defecto de atribuirnos el honor de una buena accion, en vez de atribuirlo enteramente á Dios, que es el autor de todo bien. Para hacer del honor un uso legítimo, debemos buscar en las cosas que estimamos: primero, su precio y su valor; y por este medio se desacreditarán las cosas malas: segundo, su conformidad con la razon; y así los vicios perderán su crédito: tercero, el órden necesario; y de este modo honraremos tanto los bienes verdaderos, que atribuiremos su gloria enteramente á Dios, que es su primer principio. Ved en estos tres puntos la division de este discurso, con que voy á ocupar vuestra atencion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La naturaleza, al comunicarnos cierto desarrollo, nos infunde la esperanza de conseguir, al fin, la perfeccion, y parece que se complace en mejorar la obra que ha principiado, con el único objeto de darle á su debido tiempo la última perfeccion: sin embargo, nunca llegamos en este punto á nuestro perfeccionamiento. Siempre hay en nosotros algo, que la edad no puede sazonar; y ved aquí, porque las debilidades y los sentimientos de la infancia los conservamos por largo tiempo, durante nuestra vida, si bien procuramos corregirlos. Ahora bien, entre todos estos vicios pueriles, nadie ignora, que el más pueril de todos es el honor, que ciframos en las cosas vanas, y la facilidad con que nos dejamos seducir por ellas. De aquí proviene el grave error de los hombres, que prefieren distinguirse por la magnificencia exterior, que por la rectitud de su conducta; por los adornos de la vanidad, que por la belleza de las costumbres. Así sucede, que el hombre, al propio tiempo de rebajarse por sus vicios á inferior categoría que un esclavo, cree, que sostiene bien su rango y conserva su dignidad con exteriores grandezas; y al propio tiempo que se descuida á sí mismo, hasta el punto de no buscar el adorno de la virtud, piensa que está bastante adornado, cuando reúne, por decirlo así, á su alrededor, lo más exquisito y raro de la naturaleza. S. Juan Crisóstomo nos explica este error en los siguientes términos: «Yo no

puedo comprender, dice, la causa de esa singular ceguera de los hombres, que creen hacerse ilustres por medio del brillo exterior que los rodea, como no sea, que, habiendo perdido su verdadero bien, quieran reunir todo lo que puedan en torno suyo, y van mendigando por todas partes la gloria, que no encuentran ya en su conciencia (HOM. IV, IN MATTH.)»

Estas palabras de S. Juan Crisóstomo me sugieren una consideracion más profunda, y me obligan á remontarme, en este punto, á un principio superior. Todos los hombres han nacido para la grandeza, puesto que todos han nacido para poseer á Dios. Y como Dios es grande, porque no necesita más que de sí propio, por la misma razon lo es también el hombre, cuando es bastante recto para no necesitar más que de Dios. Hé aquí la verdadera grandeza de la naturaleza racional, cuando, sin necesitar de objetos exteriores, que poseía noblemente, sin estar de modo alguno poseida por ellos, cifraba su felicidad únicamente en la inocencia de sus deseos, y se reconocia, á un mismo tiempo, grande y dichosa, uniéndose á Dios, por medio de un amor santo. Con efecto, esta sola union la hacia moderada, justa, sábia, virtuosa, y, por consiguiente, la dejaba libre, tranquila, segura. La paz de la conciencia infundia, hasta en los sentidos, una alegría divina. El hombre tenia en sí toda su grandeza, y todos los bienes exteriores de que gozaba se le concedian con liberalidad, no como un fundamento de su dicha, sino como una muestra de su abundancia. Tal era el primer estado de la criatura racional.

Pero así como el hombre, con la posesion de Dios lo poseía todo absolutamente, así, perdiéndole por su pecado, deja de poseerle. Queda reducido á su propio sér; esto es, á su primitiva nada: ya nada posee, puesto que, dependiendo de los bienes, que se figura poseer, es más bien esclavo que soberano y propietario de ellos. Sin embargo, á pesar de la pobreza y del envilecimiento á que el pecado nos reduce, habiéndose dedicado el corazon del hombre á poseer un bien inmenso, por más que se haya roto el lazo que le sujetaba, le queda todavía en sí mismo cierta impresion, que le obliga á buscar continuamente todo lo que se aproxima á lo infinito. El hombre pobre é indigente, en su interior, procura ensalzarse y enriquecerse como puede; y no siéndole posible aumentar su estatura ni acrecentar su grandeza natural, se aplica lo que encuentra en su exterior. Cree hacer suyo, si es licito hablar así, todo lo que atesora, todo lo que adquiere, todo lo que gana. Se figura, que se engrandece al procurarse un mayor lujo en sus habitaciones, y al aumentar sus dominios. Por esto trabaja por multiplicar sus títulos, sus posesiones,

sus vanidades: ambiciona distinciones y títulos nobiliarios; ambiciona riquezas y honores; pero, á pesar de todo, la muerte es bastante por sí sola, para quitarle en un punto todos esos honores y grandezas. Tales son los medios de que se vale el hombre para hacerse admirar, y, en efecto, se le admira, y sirve de espectáculo magnífico á otros hombres, tan vanos como él. Pero, lo que le ensalza, es lo mismo que le echa por tierra; porque no conoce, en medio de su magnificencia, que su persona es lo que ménos se mira y se admira en él.

Prescindamos, empero, de las vanidades, que se cifran en los bienes de fortuna y en los adornos exteriores; el hombre es vano por muchos otros estilos. Hay personas, que creen ser las más razonables, porque solo se envanecen de los dones de la inteligencia; tales son los sábios, los literatos, los grandes talentos. Y á la verdad, estos son dignos de que se los distinga de los demás, y usan uno de los más bellos adornos del mundo. Mas, ¿quién puede sufrirlos, cuando, desde que se conceptúan con un poco de ingenio, fastidian á todo el mundo con sus hechos y sus discursos? ¡Oh justicia de la vida! oh igualdad en las costumbres! oh regla de las pasiones, ricos y verdaderos adornos de la criatura racional! ¿cuándo hemos de aprender á estimarlos? Pero, dejemos á los hombres ilustrados con sus disputas de palabras, con el comercio mútuo que hacen de alabanzas, y con sus cábalas tiránicas, para usurpar el imperio de la reputacion y de las letras; ¡ya quisiera yo, no tener otros motivos de queja! entónces no los expondría en esta cátedra. Pero, ¿debo disimular sus delicadezas y sus envidias? Sus obras les parecen sagradas: y reprender en ellas una sola palabra, es inferirles una herida mortal. En este caso, la vanidad, que parece naturalmente festiva, se vuelve cruel é inhumana. La sátira excede bien pronto sus naturales límites, y de meras palabras, pasa á libelos infamatorios, á acusaciones, que ultrajan las costumbres y á las personas. No se contenta con proporcionar á los crímenes ocasiones favorables, sino que los autoriza públicamente, y hasta procura honrarlos por medio de máximas contrarias á la pureza de las costumbres.

2. El mundo aplaude algunos vicios especiales, que llevan consigo cierta apariencia de virtud. El honor, que está destinado á seguir y servir á la misma virtud, toma de ésta sus apariencias, y las aplica al vicio que quiere acreditar en el mundo. Mas, ¿por qué se ha introducido esta mezcla? ¿por qué se da al vicio este color prestado?

Como el mal no tiene por sí consistencia alguna, no puede subsis-

tir por sí propio; de suerte, que si no está sostenido por alguna apariencia de bien, se destruirá á sí mismo por sus propios excesos. Pero, al contrario, si tenemos algun cuidado en encubrir el vicio con alguna apariencia de virtud, podremos, sin escondernos, y casi sin disgusto, presentarnos con honra en el mundo. ¿Hay cosa más detestable que la maledicencia, que se ceba sin piedad en la reputacion del prójimo? Pues, si se da en llamarla franqueza natural y libertad de decir lo que se piensa, ó sin necesidad de tantos rodeos, si se la divulga con talento, de modo, que divierta, como es una gran virtud en el mundo el arte de divertir á los demás, no atendemos á lo envenenado de sus dardos, siempre que estén arrojados con habilidad, ni á la índole mortal de sus heridas, con tal que se nos hayan hecho con cierto ingenio.

Hasta la impudencia, esto es, la vergüenza misma, que llamamos brutalidad, cuando degenera abiertamente en disolucion, por poco que procure ataviarse con el colorido de la fidelidad, discrecion, dulzura y perseverancia; ¿no se presenta por ventura erguida, como si fuese digna de los héroes? ¿No pierde hasta su nombre la impudencia, para tomar el de galantería; y ¿no hemos visto en el mundo elegante, tratar de salvajes y de rústicos, á los que no tenían semejantes inclinaciones? Ved aquí, como las apariencias de engañosa virtud concilian el honor con el vicio: para esto no se necesita mucha habilidad, la menor apariencia basta, el más ligero barniz de una virtud falsa y fingida, es suficiente para satisfacer al mundo. A los que no entienden de pedrería, se les engaña con un pedazo de vidrio; y el mundo entiende tan poco de sólida virtud, que, muchas veces, la menor apariencia de ella le deslumbra. Por eso vemos, que ya casi no se trata de evitar los vicios; solo se procura encontrar nombres aparentes y pretextos honrosos para cohonestarlos. Pero Dios, que es el protector de la virtud, no sufrirá por largo tiempo que se honre al vicio, bajo esa apariencia engañosa. Bien pronto descubrirá toda su hediondez, y no le dejará más que su vergüenza. Despertad, pues, hermanos míos; bastante os ha hecho degenerar y os ha alucinado el mundo con su falso honor. Abrid los ojos, ved la virtud, que va á enseñaros el verdadero honor, y aprendereis, al mismo tiempo, á dársele á Dios.

3. Es natural en la virtud el temor de las alabanzas. Por esto S. Juan Crisóstomo compara la virtud cristiana á una jóven honesta y púdica, criada en la casa paterna con singular recogimiento. No se la lleva, dice este Santo, al teatro, no se la conduce á las reuniones, no escucha las conversaciones de los hombres, ni sus peligrosas li-

sonjas; ama el retiro y la soledad, y se complace en ocultarse á la sombra de Dios; le gusta el ocultarse, no por vergüenza, sino por modestia; porque, hermanos míos, no es menor el exceso de ocultar la virtud por vergüenza, que el de publicarla por ostentación.

Ved aquí la verdadera idea de la virtud cristiana: ¿puede darse otra más prudente ni modesta? Así apareció en el mundo, formada por el ejemplo del mismo Jesucristo. Entónces la piedad era verdadera, porque aún no se había convertido en un arte; aún no había aprendido á acomodarse al mundo, ni á servir para las miras del infierno: sencilla é inocente como era, no miraba más que al cielo, demostrándole su fidelidad con su humildad y su paciencia. La vanagloria viene á pervertir esta buena educación, procurando corromper el pudor de la virtud. En vez de dirigir la virtud á Dios, en cuyo honor fué creada, la induce á buscar las miradas de los hombres; y así, esta virgen discreta y recatada, es requerida de amores deshonestos por aquel imprudente vicio. Huyamos, hermanos míos, de estos excesos, y puesto que todo bien nos viene de Dios, aprendamos á dar á Dios toda la gloria. Porque es un orgullo digno de reprobación el despreciar lo que Dios ordena; pero, es una audacia todavía más criminal el atribuirse á sí mismo lo que Dios da. Y si por el primero de estos pecados, procuramos sustraernos al imperio de Dios, por el segundo, parece que pretendemos igualarnos á él.

Esto mismo reprende Dios á los hombres orgullosos en la persona del rey de Tiro, cuando les dirige estas palabras por boca de su profeta Ezequiel: Ved aquí lo que dice el Señor vuestro Dios: Tu corazón se ha enaltecido con exceso, y has dicho: Yo soy un Dios; y aunque no eres más que un hombre mortal, te has atribuido un corazón de Dios en tu insensata osadía (EZECH. XXVIII, 2). Os será difícil tal vez comprender, que el entendimiento humano sea capaz de un extravío tan grande; pero no en vano, hermanos míos, habla el Espíritu Santo en estos términos; y es demasiado cierto, que los que se enaltescen á sí mismos, se atribuyen efectivamente el corazón de un Dios. La teología nos enseña, que así como Dios es la fuente del bien, y el centro de todas las cosas, así como él es solo sabio y omnipotente, le pertenece ocuparse de sí mismo, referirse todo á él; glorificarse en sus consejos, y confiar en su brazo victorioso y en su fuerza invencible. Cuando una criatura, pues, se admira de su virtud, se ciega en su poder, se complace en su habilidad, y, finalmente, se ocupa solo de sus propias perfecciones, obra á la manera de un Dios, y á pesar de su miseria y su indigencia, imita la plenitud del primer sér. Otro, que se imagina que puede llevar á cabo sus nego-

cios con su talento ó con sus brazos, sin remontarse al principio de donde proviene todo buen éxito, se crea él mismo un Dios en su corazón, y dice como aquellos soberbios: Mi vigorosa mano es la que ha hecho todas estas cosas: *Manus nostra excelsa* (DEUT. XXXII, 27).

Desdichada la criatura que, al calcular lo que necesita para sus empresas, no cuenta ántes con el auxilio de Dios, y no le da de antemano la gloria que pueda resultarle de ellas. Dios se rie de sus vanos proyectos, y los desbarata, porque de él está escrito, que reprueba los designios de los pueblos, que confunde, cuando quiere, las empresas de los grandes (PSALM. XXXII, 10); y que es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres (PSALM. LXV, 4).

Temblemos, pues, ante su poder supremo, y cifremos en él, y solo en él, toda nuestra gloria. La gloria que los hombres dan, no tiene fundamento ni consistencia; y, en efecto, ¿qué puede haber más variable, cuando la gloria se une íntimamente á los sucesos y cambia con la fortuna? Busquemos una gloria más sólida que la mundana, una auréola más propia de un cristiano que la del renombre, una inmortalidad más segura que la histórica, la gloria, la auréola y la inmortalidad que nos están preparadas en el cielo, y que os deseo á todos.

DIVISION SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HONOR.—Los hombres y las mujeres manifiestan su ceguedad en la idea que se forman del honor.

Nada manifiesta tanto la debilidad de los hombres como las disputas que tienen sobre el honor.

Nada descubre tanto la hipocresía de las mujeres como la delicadeza que manifiestan con respecto al honor.

HONOR; véase: GLORIA HUMANA.